

Nuestros educadores: Zagales del Buen Pastor

En referencia a la misión encomendada a sus religiosas –las Terciarias Capuchinas– y a sus religiosos –los Terciarios Capuchinos, hoy más conocidos como *amigonianos*–, el P. Luis Amigó escribió en su *Carta Testamento Espiritual*:

- *Vosotros, zagales del Buen Pastor sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida...* (OCLA 1831).

El Buen Pastor, paradigma de pedagogía amigoniana

A partir de esas palabras de su Fundador, los amigonianos fueron tomando progresiva conciencia de la importancia que la figura del *Buen Pastor* (Jn.10,1-18) tiene de cara a su propia actuación pedagógica y fueron extrayendo de él las actitudes más identificativas de sus propios educadores, como son, en concreto: la *coherencia* que se deriva de mostrarse y actuar, no como un ladrón y salteador que mata, sino como un verdadero pastor que da la vida; el compromiso de ser en todo momento un *cercano acompañante de camino*, yendo delante y marcando la senda a seguir; la capacidad suficiente para *conocer y dejarse conocer por vía del corazón* a quienes acompaña, llegando incluso a poder llamar a cada uno por su nombre, individualizando y personalizando así el tratamiento educativo, y la de saber darse de tal manera a sus educandos, que su actuación les lleve implícitamente el mensaje de que él está dispuesto a *desvivirse* por ellos para que ellos vayan encontrando así un sentido verdadero y gratificante a su propia vida.

Este mensaje profundamente humano y pedagógico a la vez, los amigonianos lo recogen así en sus *Constituciones*:

*Nuestra misión nos exige actuar conforme a la Pedagogía del amor... y encarnar las actitudes del Buen Pastor, que **conoce** a las ovejas, **camina delante** de ellas, **busca** a las que se pierden, **comparte** sus alegrías y penas, **aprende por experiencia** la ciencia del corazón humano, y **da la vida** por todas* (Constituciones, n. 57).

El evangelio de la misericordia

Con las actitudes manifestadas en el acompañamiento de sus ovejas, el *Buen Pastor* se fue convirtiendo también para los amigonianos en modelo privilegiado de la misericordia, que es, sin duda el *valor estrella* y, por ende, más identificativo de toda *identidad amigoniana*.

Misericordia o *compasión* es la capacidad de traer al propio corazón las miserias, las carencias de los demás; es la capacidad de *hacer propias* esas mismas miserias y carencias, y de *colaborar activamente* en su alivio y superación; es, en definitiva, *amor personalizado y hecho a la medida del otro y sus circunstancias*. Por ello precisamente –como se irá viendo– la misericordia se concretará, ya en el plano pedagógico, en *individualizar* y *personalizar* la acción educativa.

Para los amigonianos, sin embargo, no sólo la figura del *Buen Pastor* es modelo y ejemplo de misericordia, sino que lo son también otros pasajes del Nuevo Testamento, que han conformado para ellos, lo que han denominado *el evangelio de la misericordia*.

Entre los pasajes más queridos de ese evangelio de la misericordia se encuentran para la tradición –espiritual y pedagógica a un tiempo– de los amigonianos: las parábolas de la *oveja perdida* (Mt.18,12-14 y Lc.15,4-7) en las que el pastor, dejando las noventa y nueve ovejas en el campo o en el redil, sale a buscar la perdida; la parábola del *Padre misericordioso*, que acoge a su hijo pequeño con todo el afecto de su alma y sin hacerle preguntas, lo recibe de nuevo en casa como si nada hubiese pasado y se alegra infinitamente porque lo ha recuperado (Lc.15,11-32); la parábola del *Buen Samaritano*, que deja todos sus compromisos a un lado y atiende con ternura a quien lo necesita (Lc.10,29-37); la resurrección del hijo de la viuda de Naim a quien Jesús resucita cuando ya lo iban a enterrar diciéndole: *adolescens surge* (palabras titulares de la primera revista pedagógica amigoniana) (Lc.7,11-17); los ejemplos del propio Cristo que comparte la comida con los pecadores, porque quiere *misericordia y no sacrificios* (Mt.9,10-13); perdona a la pecadora arrepentida, valorando más a la persona y su amor que sus hechos (Lc.7,36-50 y Jn.8,1-11); y se detiene con la samaritana y con Zaqueo, porque había venido a salvar lo que estaba perdido (Jn.4,7-30 y Lc.19,1-10); la actitud del siervo que suplica por la *higuera estéril* con la paciencia esperanzada de quien piensa que se puede hacer algo más (Lc.13,6-9); el ejemplo de aquel propietario que paga lo mismo a los jornaleros contratados a primera hora, a mediodía o por la tarde, pues mira y valora las personas y no sus hechos (Mt.20,1-16), o el ejemplo mismo del propio Jesús que valora el gesto de la mujer que le unge los pies, pues antepone el servicio a la persona concreta a todo convencionalismo y normativa (Jn.12,1-8) (cf. *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, n. 187-199).

Zagales del Buen Pastor

Consecuentes con todo este mensaje inspiracional derivado de la figura del *Buen Pastor* y del mismo *evangelio de la misericordia*, todos los educadores amigonianos, asumiendo y actuando su vocación de *zagales del Buen Pastor*, están invitados y llamados a actuar como personas *misericordiosas, acogedoras, observadoras, cercanas y respetuosas*;

descomplicadas, sencillas, alegres; personas holísticas, resilientes, optimistas y testimoniales.

Previamente a ello, sin embargo, hay tres *requisitos* sin los cuales ninguna persona puede asumir –y mucho menos actuar– la verdadera y característica *identidad de educador amigoniano*. Dichos requisitos son: en primer lugar, la *bonhomía*, es decir, ser una buena persona, una persona con buenos sentimientos, con buen corazón y profundamente humana. Sin este requisito, todo lo demás que pueda figurar en su expediente – incluidos, por supuesto, sus títulos académicos– no sólo no contribuye a un buen fin, sino que incluso puede contribuir a todo lo contrario. Junto a la *bonhomía* no puede descuidarse tampoco la *vocación*, es decir, el estar ilusionado por ser educador y estar dotado –y ésta es la prueba de una verdadera vocación– de cualidades tales como: *alegría de compartir* con los alumnos; *fortaleza personal* para afrontar con aplomo y serenidad las, a veces, complicadas jornadas laborales; poseer *sensibilidad* para saber captar, incluso en el silencio, los sentimientos y estados de ánimo de sus alumnos, y tener la suficiente *capacidad de empatía* para establecer con ellos una positiva relación.

Valores más identificativos del educador amigoniano

A la luz del magisterio del padre Luis Amigó, de la iluminación realizada desde la figura del Buen Pastor y en consonancia con la más genuina tradición pedagógica amigoniana, el educador amigoniano debe distinguirse por ser:

1) Misericordioso

Ya la primera tradición educativa amigoniana percibió con nitidez que la *educación del corazón* del alumno, desarrollando en él los sentimientos humanos y, de modo especial y particular, el *amor*, se favorece en la medida en que el propio educador siendo verdadero *artista y poeta en la acción*, aparece ante el alumno como un *experto en humanidad*.

El alumno *madura en dignidad*, si se le trata con dignidad; *crece en amor*, si se siente amado; es *compasivo*, en la medida que se ha sentido apreciado él mismo en su *individualidad*, con sus grandezas y con sus debilidades, y reacciona positivamente en la medida en que se consigue pulsar y despertar en él la *fibra sensible de su corazón*, sus *sentimientos*, a veces un tanto adormecidos.

A este respecto se expresaba así un educador amigoniano de primera hora:

- *En todo ser humano hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos... Para ello hay que tener mucha paciencia y caridad en el trato con los niños (TPAA, 5.048 y 5.052).*

- *Debemos ser artistas de esa obra suprema de arte que tiene por fin forjar los espíritus, activar la estética del sentimiento (TPAA, 12.024).*

Sólo amando se consigue que el alumno abra las puertas de su propio corazón al educador. Y es precisamente esto lo que los educadores amigonianos han expresado repetidamente en textos como los siguientes:

- *El medio principal, y me atrevería a decir que único, es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia... (TPAA, 3.073).*
- *El verdadero amor se muestra en lo incansable de la solicitud por auxiliar y amparar; en la fidelidad en el guiar y ayudar; en la paciencia en aguardar hasta el tiempo oportuno; en la comprensión con los que yerran; en la caridad que todo lo espera y todo lo perdona y que permanece fiel incluso al que desdeña (la ayuda) y al que parece ya (un caso) perdido (TPAA, 11.123).*
- *Entre las cualidades del buen educador, está sobretodo la de amar a los alumnos. Porque, si no se les ama, se bastardea el fin de la educación... Quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los pobres muchachos caídos... no tiene vocación para dedicarse a la reforma de la juventud (TPAA, 12.031 y 12.464).*
- *El amor será siempre condición indispensable, no sólo para educar y moldear los corazones, sino incluso para instruir y grabar en las inteligencias las obligaciones fundamentales que hacen a los hombres, útiles para sí mismos y para los demás... Por esto, sin descuidar las enseñanzas de la ciencia, seguimos procurando inspirar nuestros trabajos en el amor (TPAA, 10.015 y 10.016).*
- *Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los educadores, se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen (TPAA, 0.313).*

Misericordia e individualización

El amor, revestido además con el tierno hálito de la *misericordia* –que supera la fría justicia, pues mientras ésta tiende a equiparar a todos ante la ley y se orienta a salvaguardarla, aquélla (la misericordia) se inclina por aplicar parámetros personales y se orienta a la recuperación de la persona concreta– aparte de *individualizar* y *personalizar*, por su propia naturaleza, el tratamiento pedagógico, contribuye muy positivamente a que el alumno se sienta querido, si cabe, con mayor intensidad y crezca, en consecuencia, en mayor medida en *autoestima* y se sienta así más decidido

y seguro para tomar poco a poco en sus propias manos –y en primera persona– el proyecto de su propia recuperación vital como persona cada día más identificada y satisfecha con el ideal humano, y crezca gradual y progresivamente en *humanidad*.

Entre los textos de autores amigonianos que subrayan abiertamente la importancia de la individualización y personalización del tratamiento pedagógico y que, en el fondo, realizan así una callada referencia al valor de la *misericordia*, se pueden ver, a modo de ejemplo, éstos:

- *Como la labor pedagógica será tanto más eficaz cuanto sea más a la medida del sujeto a quien se aplica, procurarán individualizar el tratamiento* (TPAA, 0.246).
- *La observación y la experiencia han sugerido y sugieren cada día a los educadores... no sólo un régimen general para la buena marcha y armonía de la Escuela, sino también y principalmente el régimen particular e individual conforme con el estado de fuerzas, aptitudes, inteligencia... y modo particular de ser de cada alumno, a fin de no erigirlo más de lo que pueda, pero sí todo lo que deba* (TPAA, 6.176 - 6.177).
- *El ejercicio (la terapia) debe proporcionarse a la capacidad del educando... El buen educador sabe distinguir entre alumno y alumno y no exige a todos la misma perfección, sino que se contenta con la medida de cada cual* (TPAA, 12.056).
- *La causa de nuestro éxito está en que individualizamos el tratamiento en cuanto es posible; procuramos la pedagogía “a la medida”* (TPAA, 9.139. Cf. también 0.246).

Por otra parte, el hecho de sentirse querido y valorado en su individualidad, no sólo potencia en el alumno la *autoestima* que le puede impulsar a la personal superación, sino que favorece también que éste, valorando cada día más y mejor a sus educadores, vaya creando con ellos un ambiente relajado y afectuoso que influirá, a su vez, muy positivamente en su propio proceso educativo. Así lo expresaban algunos educadores amigonianos:

- *Cuando los alumnos se dan cuenta que uno se sacrifica por ellos y que busca su bien de verdad, le cobran cariño y por lo tanto podrá trabajar en su reforma* (TPAA, 12.024).
- *Como los religiosos quedan haciendo las veces de padre, los alumnos les profesan y manifiestan un afecto entrañable* (TPAA, 6.249).
- *Los alumnos, por prevenidos y recelosos que estén, al observar a los religiosos, no ya sólo en sus palabras, sino en su ejemplo, y saber que principian por levantarse una hora antes todos los días... y se acuestan más tarde, velando por turno su sueño;*

que con ellos comen y de la misma olla, con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos... y que en todo procuran edificarles con su conducta, correspondiéndoles cariñosamente y sin reservas, establecen con sus educadores una mutua relación de estima y afecto que les suavizan y hacen muy llevaderas las prescripciones del Reglamento (TPAA, 6.251).

Misericordia y exigencia

No obstante, la *misericordia* –encontrada troncalmente en la *educación del corazón* propuesta por los amigonianos desde sus orígenes, no supone, ni mucho menos, renunciar a otro de los valores que han distinguido, y deben seguir distinguiendo, la actuación pedagógica amigoniana, es decir, el valor de la *exigencia y seriedad* a la hora de hacer cumplir las normas de *convivencia*, imponiendo para ello, si es del caso, los necesarios límites y medidas educativas, aun cuando éstas no sean, en principio, agradables para los alumnos (cf. OCLA, 738, 739 y 1700). Los “populismos”, la dejadez en la exigencia de deberes y obligaciones, no son buenos acompañantes en un serio proyecto educativo. La *sabiduría* en educación está, como el propio padre Luis Amigó escribe, en *saber combinar* en su justa medida “el vino de la justicia (del cumplimiento de lo establecido) con el óleo de la misericordia” (OCLA, 1719).

Ya la primera tradición pedagógica amigoniana procuró equilibrar *misericordia* con *obligaciones*, compaginando –o, si se quiere, completando– la *educación del corazón* con la *educación de la voluntad*, como se desprende de estos textos:

- *La educación del corazón ha de culminar en la formación del carácter que es el hábito de la firmeza de la voluntad cristalizado en el alma humana. Educar sin echar esas bases sería edificar sobre arena.*

El buen educador jamás debe olvidar que la voluntad es la suprema directora del hombre... el poder ejecutivo del alma humana... Ella es la que lleva al hombre a la victoria y a la derrota (TPAA, 12.138. Cf. también 12.088).

- *De aquí, la gran importancia del sistema preventivo que exige se fortalezca en el niño la voluntad, enseñándole a “querer” con toda su alma, a conseguir “victorias diarias” sobre sus instintos, a curtirse al sol del cumplimiento del deber, del sacrificio...; en una palabra, a grabar en sí, con el cincel del hábito, un carácter fuerte... (TPAA, 12.139).*
- *Hay que ir desarrollando en el niño el “espíritu” de lucha contra todo lo que es bajo y degradante, y por otra parte, despertando en él ese sentimiento de “altivez y de audacia” que se llama*

“valor”, sentimiento que duerme latente en todo pecho juvenil (TPAA, 12.141. Cf. también, 12.401 y 12.448).

- *Uno de los factores que anulan la personalidad es el encontrarlo todo de balde. Lo que nada cuesta, nada se aprecia... Dentro del establecimiento, existe una moneda sólo válida para el interior, con la que comprenden cuanto necesitan: ropa..., calzado..., el jabón..., los cuadernos..., todo, menos la comida. Y ellos que antes, ignorantes del valor de las cosas, destrozaban cuanto se ponía en su mano; después, conocedores del sudor que les cuesta ganar la moneda o “vales”, cuidan perfectamente lo que es suyo porque se lo compraron (TPAA, 14.928. Cf. también, 14.526 - 14.527).*
- *Quien detenta la autoridad debe señalar normas, orientar, corregir, sancionar, premiando lo bueno y castigando lo malo. Pero tengamos en cuenta que educador que usa mucho el castigo es mal educador (Manual Pedagógico de 1985, n. 455).*
- *Hay que prestar atención al joven que, por acomodación, hipocresía, interés, no se porta mal. La actitud pasiva evita conflictos, es cierto, pero no educa porque renuncia al esfuerzo, a la lucha (Manual Pedagógico de 1985, n. 650).*

2) Acogedor

La acogida cariñosa de quien llega es muchas veces el primer y principal refuerzo educativo que se puede ofrecer al educando. En ocasiones, la mera acogida amable de quien se siente en dificultad y desamparado o el mero hecho de escuchar, en silencio, pero con sentimiento, a quien necesita comunicar su situación, puede constituir para él un estímulo tal, que, desde ahí, se sienta animado a sobrellevar con otro talante su difícil situación. La tradición pedagógica amigoniana está convencida de que la acogida debe constituir *un primer testimonio de ternura y un primer contacto de cordial comunicación, de empatía y simpatía* entre educador y alumno, como manifiesta, entre otros, en estos textos:

- *Desde el momento que ingresa, el alumno debe ser objeto de cuantas atenciones necesite, sin escatimarle nunca el cariño (TPAA, 6.248. Cf. también, Constituciones de 1910, n. 253, 237 y 244 y Manual de 1933, n. 212).*
- *Tal vez el muchacho (que ingresa) no había sentido en su vida lo que era una prueba de cariño, tal vez jamás había experimentado la dulzura de una sonrisa, tal vez no había visto jamás satisfecho su estómago hasta ese dichoso día (de su ingreso)... Se le ha de recibir, pues, con ese espíritu de familia que ensancha el corazón... Nada de caras serias, nada de ceño torvo, nada de temperamentos toscos e intratables; quédese*

todo eso allá para los carceleros y asalariados... (TPAA, 12.064).

- *Es de suma importancia que (al llegar), el alumno encuentre entre nosotros esa acogida atenta, ese cariño que le hacen abrir las puertas de su corazón... Recíbasele, pues, con muestras de gran simpatía. Ninguna de sus cosas ha de ser mirada con indiferencia por el educador, sino al contrario, muéstrese solícito y afanoso por servirle... muéstresele un verdadero amor por su reforma y por su bien (TPAA, 12.064 y 12.420 - 12.421. Cf. también, 12.204 y 12.866).*
- *El educador que –conocida o no– la historia del menor, le recibiese con desdén, sin palabras de cariño y aliento... quizá habría cerrado las puertas del corazón del alumno... (TPAA, 11.152).*
- *Si al pisar por primera vez los umbrales de nuestro establecimiento, el muchacho se encontrara con un hombre serio, con rigidez y frialdad pétreas, y las primeras palabras que oyera en nuestra casa fueran de reproche y de ironía, exigentes e investigadoras de faltas cometidas, aquel pobre muchacho podría muy bien volverse a su casa. El centro ya no será para él educativo, sino carcelario (TPAA, 14.733. Cf. también, 14.734 y 14.743).*

3) Observador

La observación, como medio terapéutico para ir conociendo a los alumnos –más por *vía del corazón*, que por medio del intelecto– forma, de alguna manera, parte del ADN de la pedagogía amigoniana, desde que el padre Luis Amigó insistió a sus primeros seguidores: *aprendan por experiencia la ciencia del corazón humano (OCLA, 2047).*

De hecho, desde los inicios, se dio suma importancia a la *convivencia* y a la *relación empática* entre educadores y alumnos, como medios extraordinarios para conocer a los educandos, como nos dejan entrever estos textos:

- *El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación es “aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con ellos y reír con sus alegrías (TPAA, 3.008).*
- *Cada cinco o seis alumnos tienen un fraile a su cuidado, y éste jamás dice: ¡A fregar! ¡A lavar! ¡A barrer!, sino que, sonriendo humildemente exclama: ¡Vamos a fregar! ¡Vamos a lavar! ¡Vamos a barrer!... y el fraile es el primero que comienza a fregar, lavar y barrer (TPAA, 5.058).*

Esto no obstante, en la primera sistematización de la pedagogía amigoniana –obra del padre Domingo de Alboraya– la *observación* no constituía la primera fase del sistema terapéutico amigoniano, sino que esta fase la ocupaba el *aislamiento provisional* –encaminado a que el joven, favorecido por un ambiente de soledad y silencio, entrase dentro de sí, reconociese sus errores y se decidiese desde ahí a emprender, en primera persona y como principal sujeto, la senda de su propia recuperación, pero ya en la segunda sistematización –obra principalmente del padre Vicente Cabanes– la *observación* ocupó el lugar fundamental que continúa ocupando:

- *Una de las primeras instituciones que la pedagogía correccional reclama para poder cumplir su finalidad es la Casa o sección de Observación, dedicada al estudio y distribución médico-pedagógica de los jóvenes...*

Para educar es preciso diferenciar el tratamiento; para diferenciar el tratamiento, conocer al sujeto; para conocerlo, observarlo. Este es el fin de la Sección de Observación: estudiar al alumno para determinar el tratamiento que hay que seguir en su educación...

La observación puede ser natural, científica y mixta. La observación “natural” permite sondear el fondo moral de los jóvenes en su realidad; se sirve para ello de la vida ordinaria de él, sin que se dé cuenta de que es observado; capta todos sus movimientos, sus manifestaciones físicas y morales; sus palabras; sus ideas; todo su ser...

La “científica” le hace obrar para ver su modo de reaccionar. Es la observación del laboratorio de psicología, de los tests y aparatos (TPAA, 14.719 ss).

- *Es preciso observar al alumno en todo, sin que lo parezca: sus palabras, sus gestos, sus juegos preferidos, sus propósitos y proyectos; todo cuanto pueda dar indicio de su mentalidad, moralidad y carácter (Manual Pedagógico 1985, n. 637).*
- *La pedagogía por el conocimiento psicológico más profundo del niño se ha hecho más científica y, cada día más, fundamenta sus principios en la experiencia. El niño abstracto o ideal de otro tiempo ha sido substituido por “cada niño”, es decir, por el niño tal cual es con sus cualidades y defectos, con sus anomalías mentales y fisiológicas; en una palabra, con su tipo psicológico propio y característico, distinto de los demás. Y a esto se dirige el período de observación personal... (TPAA, 12.027).*

- *La información (que se dé o se reciba de un alumno) debe ser: oficial, proveniente de las entidades responsables que confían el alumno; privada, proveniente de aquellas personas que puedan aportar datos y referencias del mismo; completa, que comprenda todas las pautas de su vida; documentada, que contenga las pruebas y documentos oportunos; técnica, que se adquiera y se confeccione respondiendo a esquemas y cuestionarios apropiados. Pero, como medio más apropiado para matizar y ajustar toda la información, se encuentra el coloquio, la entrevista personal (Manual Pedagógico 1985, n. 662).*

4) **Cercano y respetuoso**

Fiel a la tradición pedagógica cristiana, el padre Luis Amigó hizo de la *encarnación* –del implicarse directamente e involucrarse en la vida misma y actividades de sus educandos– uno de los valores más propios y quiso que sus seguidores lo actuaran como un cercano y cotidiano acompañamiento.

Y fue así como la primera tradición pedagógica amigoniana, inspirada en las enseñanzas de su iniciador fue percatándose además de cómo la *empatía* que surge espontánea del *diario y cercano compartir actividades, pero especialmente sentimientos y vida*, constituía un valor esencial e irrenunciable para poder ser, en verdad, *acompañantes válidos de los niños y jóvenes con problemas en la irreplicable aventura de su feliz maduración como personas*. Entre los educadores amigonianos se encuentran, referidos al diario acompañamiento de los alumnos, textos tan expresivos y cargados de sentimiento como estos:

- *Hay que vigilar a los alumnos para educarlos. Para enseñarles a jugar y a rezar, y a hablar y a callar. Para enseñarles respeto y cortesía y buenos modales y buenas costumbres, e ir poco a poco, partiendo de lo bueno que tienen y reformando lo malo... (TPAA, 24.008).*
- *Hay que tratar a cada alumno sin excluir a nadie, evitando las preferencias ofensivas al grupo. Así sí dará con la clave para que el grupo, sin estridencias ni gritos, ni cosas raras, se mantenga externamente, en una disciplina suave, aceptable, familiar, fecunda. Si, por el contrario, se descuida esta labor, verdaderamente educadora, lo único que se podrá conseguir será un desorden completo o una disciplina cuartelaría que traerá muchos disgustos y será muy poco fecundo en resultados positivos.*

La misión del educador no es presentar un grupo de muchachos que anodada por su asombrosa disciplina. Esto

resulta relativamente fácil... En cuanto disciplina externa del educador debe llegar hasta donde pueda llegar, sin medios violentos (TPAA, 24.005. Cf. también 24.002).

El diario y afectuoso compartir con los alumnos es, por otra parte, uno de los clásicos y más edificantes valores de la acción amigoniana, que no sólo han conservado su frescura original a través del tiempo, sino que incluso ha ido cobrando nueva luminosidad desde el compromiso personal de los educadores, quienes, sintiéndose llamados a ser “creadores de relaciones cordiales con sus alumnos” y “favorecedores de empatía con ellos”, han ido asumiendo, con renovado entusiasmo, el compromiso de convivir con ellos, de hacerse para ellos *compañía, escucha y palabra*.

Es aleccionador al respecto este texto tomado de uno de los proyectos educativos amigonianos, elaborado ya en este segundo milenio:

- *No hay nada como sentirse escuchado y sentirse tenido en cuenta. Es pues importante establecer una comunicación educador-educando cimentada sobre la confianza, el respeto, la intimidad, la escucha, mostrando el educador una actitud de compromiso, de diálogo...*

Los educadores, además, inmersos en la dinámica cotidiana del grupo, participan de él, de obra, pensamiento y sentimiento, compartiendo así sus ansias, luchas deseos, penas, ilusiones, esperanzas, proyectos, recuerdos, experiencias... (Cf. Quiero ser feliz, p. 45).

Por otra parte, este cercano acompañamiento –resalta también la pedagogía amigoniana, teniendo presente la dignidad que corresponde a todos y cada uno de los alumnos como personas e hijos de Dios– debe ser en todo momento *respetuoso* con la persona misma del alumno e incluso de “sus” cosas, como ponen de manifiesto, entre otros, estos textos:

- *Para enseñar a nuestros alumnos el respeto a lo ajeno, es necesario que les demos nosotros ejemplo de respeto a lo suyo. Es necesario, pues, que no “nacionalicemos”, valga la expresión, los pequeños bienes de nuestros alumnos, destinándolos a fondo común. Esto ni es justo ni pedagógico (TPAA, 14.210).*
- *Ya nuestro primer contacto con el alumno puede ser natural o artificial ¿Puede ser natural lo que se funda en una injusticia? He visto centros en los que se aplican a los alumnos medios que van contra todo principio pedagógico, como, por ejemplo, el del “obligatorio corte de pelo a rape”. Los argumentos aducidos para la medida eran tan sin fundamento, que sólo los podían*

esgrimir hombres de mentalidad pobre, dictadores en miniatura, y, por ende, poco educadores ¿No es la “toilette” uno de los signos o manifestaciones de la personalidad, y no es la personalidad uno de los factores que más debemos resaltar en nuestros alumnos? (TPAA, 14.208. Cf. también, 12.435).

- *Debemos tener muy presente todos los educadores que nuestros alumnos son dignos, por todo título, de nuestro respeto. Y éste debe llegar hasta la delicadeza por sus cosas. Ya en la primera entrevista, cordial y afectuosa, que el educador tenga con el alumno, se le deben guardar todas las cosillas que trae consigo, aun cuando algunas puedan parecer menos útiles. A veces lo que para las personas mayores resulta baladí, no lo es para los muchachos.*

Faltan por tanto al respeto debido al menor, los educadores que, por cualquier fútil pretexto, les rompen objetos suyos, quizá incluso haciendo desprecio de ellos, sin considerar, ignorantes, que, al mismo tiempo, lastiman la personalidad del menor y se desprestigian a sí mismos.

Y si a las cosas debe extenderse el respeto ¿Cuál no deberá ser el que se tenga a su persona? Si queremos que el alumno se respete a sí mismo, empecemos por respetarlo (TPAA, 11.120 y 11.143).

5) Descomplicado, sencillo y alegre

La descomplicación, la sencillez y la alegría en el trato y en el compartir con sus alumnos es otro de los valores que distinguen al educador amigoniano. Un valor que, además, potencia en el educador mismo su necesaria capacidad de *empatía*.

Querer compartir con los alumnos sin renunciar a la aureola de ser el principal y primero o sin renunciar a un estatus de privilegio y distanciamiento clasista, no deja de ser una utopía. Un educador, por mucho que esté involucrado en todas las actividades del grupo educativo, es percibido como distante por los alumnos, si, al mismo tiempo, no es capaz de hacerse uno de ellos; sino es capaz de entender su lenguaje y hacerse entender por ellos; si no capas de superar las distancias –incluso culturales– que lo separan de ellos y de proyectar y tender, desde ahí, puentes de encuentro con los mismos.

El clásico educador amigoniano ha procurado incluso que su porte externo, su mismo estilo de vestir, no crease distancias entre él y “sus alumnos”.

De descomplicación, sencillez y alegría del educador amigoniano en sus relaciones con sus alumnos, hablan, por ejemplo, estos textos, pertenecientes a la primera generación de pedagogos amigonianos:

- *Convivimos tan familiarmente con los educandos, que no sólo los conocemos, sino que nos confundimos con ellos (TPAA, 5.053).*
- *Los educadores, comprensivos y abnegados, descienden a las necesidades y aun simples deseos de los alumnos, para, ganándoles la voluntad, remontarlos al cumplimiento del deber... (TPAA, 9.139).*
- *Para adelantar en la corrección de los alumnos será de utilidad la alegría de carácter en el educador, excelente medio de comunicación entre educadores y educandos (TPAA, 11.126).*

6) **Holístico**

La tradición amigoniana distingue dos niveles en el trabajo educativo: el nivel inicial de modificación de conducta y el de un cambio más profundo en el ámbito de la autopercepción y de la autogestión del educando. Por ello, sin descuidar el aspecto del comportamiento del alumno, la intervención educativa debe ir más allá de lo meramente exterior como claramente indica este texto:

- *No se contenten, los educadores, con la disciplina exterior que, como muy importante, deben procurar mantener y conservar, sino que haciéndola amable y llevadera, vayan al fondo de la educación, intensificando la labor reformadora. El orden es un medio, pero no el fin de la educación. Por otra parte, no pierdan de vista que se educa a los alumnos para vivir fuera, en el siglo, no en un internado (TPAA, 0.245).*

Precisamente a ello, es decir, a no quedarse en lo meramente exterior, se orientó, desde sus orígenes, la pedagogía amigoniana con el término de la *moralización*, que lejos de quedarse en el simple nivel de los comportamientos, se internaba, como dejan entrever los textos que se citan a continuación, en la educación de la parte más profunda e íntima de la persona, como son sus sentimientos, valores, anhelos..., articulando para ello un proceso progresivo y gradual del desarrollo de recursos personales con el fin de capacitar al educando para la construcción de un proyecto personal de vida, apoyado en valores y para que, coherente con él, se decida afrontar su propia existencia:

- *La educación moral es absolutamente necesaria, tanto más cuanto mayores son los infortunios que se siguen de su abandono... siendo esto así ¿quién no verá la necesidad absoluta y la importancia suma de la educación moral?*

Es más necesaria que la educación física e intelectual por ser mayores los enemigos, que a su paso se han de oponer, y obligación sagrada del educador es, a la vez que derecho

irrebatible del alumno, poseer mayor caudal de recursos. Allí donde se ha de librar la batalla, más fuerte ha de ser la pelea. ¿Y qué batalla más ardua que la que el hombre ha de sostener durante toda su vida consigo mismo? Y no olvidemos que el que no se domina, no es hombre (TPAA, 12.303).

- *He aquí el punto culminante de nuestra actuación, la reforma del corazón, labor nobilísima, pero ardua, ciencia sutil, arte divino-humano que nos franquea las puertas del alma para trabajar allí directamente...*

Dicho se está que el estudio de la parte moral ha de ser el primero y principal al que hemos de aplicar nuestra atención, pues constituye el blanco de nuestras investigaciones y es, al mismo tiempo, el problema central a cuyo alrededor han de girar los demás problemas, tales como estudios, carrera del alumno, etcétera; los cuales han de ocupar un lugar secundario y servir como medios para conseguir la reforma moral que es nuestro objetivo (TPAA, 12.447).

Vista y analizada la pedagogía amigoniana, desde este punto de vista, no cabe duda, que parte desde una *visión holística* de la persona y exige, por ende, educadores con esta misma visión global, integradora e integral de la persona del alumno.

7) **Resiliente**

La capacidad de querer y aceptar al otro “como es” y de establecer con él vínculos de *empatía* a través de la diaria convivencia; la capacidad de permanecer junto al alumno como *un latido maternal* siempre solícito por el hijo (TPAA, 12.123 y 12.154), al decir de la pedagogía amigoniana, está en relación directa con la capacidad de *fortaleza*, de *resiliencia*, que se necesita para permanecer inquebrantablemente *fiel* a los alumnos y a la propia misión de educador, sin huidas ni abandonos, en los momentos de dificultad, que suelen ser abundantes y complicados en el mundo de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes con problemas.

Uno de los temas centrales de la parábola del *Buen Pastor* –esa parábola que, como ya se ha visto, más allá de toda significación religiosa, posee para la tradición amigoniana un claro sabor de *poema pedagógico*– es precisamente el de la *vida*. Este tema se destaca particularmente a través de las expresiones: *doy la vida, la doy voluntariamente y he venido para que tengan vida*. Y en todas ellas, el mensaje que subyace es el mismo: hay que *desvivirse* para *trasmitir y generar vida*.

La misma tradición amigoniana –consciente de que la *misericordia* es utópica si no se fundamenta en una *personalidad fuerte*, y consciente también que sólo desde la *reciedumbre de ánimo* es

posible hacer vida en uno mismo y testimoniar con *fidelidad inquebrantable un proyecto educativo* fundado en la calidez y cercanía del sentimiento humano— insistió en la necesidad de *resiliencia*, de *fortaleza personal*, en textos tan expresivos como estos:

- *Dedicados por vocación y animados por la fe y el entusiasmo que sienten y alimentan por la consoladora misión que se han impuesto, los educadores no perdonan medio ni sacrificio para conseguir el fin que persiguen* (TPAA, 6.166).
- *Los educadores llevan una vida alegre, sacrificando sueño, recreo y comodidades, y apacientan, con gusto y abnegación, como zagales, los niños y jóvenes que les han sido confiados* (TPAA, 2.042).
- *El espíritu de sacrificio es consecuencia del amor. Cuando hay amor es natural que sean vencidos los obstáculos y dificultades que se oponen a la realización de lo que se desea. ¿De dónde nacen los mil y mil sacrificios que se imponen los padres por sus hijos? ¿No es acaso del amor que les profesan como pedazos de sus entrañas? ¿Por dónde conocemos, pues, que un educador quiere y estima a sus alumnos? Por los sacrificios que se imponga por ellos. ¡Y qué pronto conocen éstos —incluidos los más pequeños— si su educador es poltrón o sacrificado!* (TPAA, 12.464. Cf. también, 12.114 y 12.410).

Fuerte ante las dificultades

La consecuencia más directa de la *fortaleza personal* es —como ya se ha adelantado— una *fidelidad inquebrantable* ante las dificultades.

La huida de las propias obligaciones y compromisos es el remedio de los débiles. La huida en el ámbito de la educación no es positiva ni para el alumno y ni mucho menos para el propio educador, pues, por su misma naturaleza, es frustrante.

El educador está llamado a ser *hombre-frontera*, es decir, a ser una persona que, sin buscar insanamente dificultades, sabe asumir y afrontar con libertad, con gallardía, con serenidad, los que cada día va encontrando en el proceso —agradable, pero no fácil— de acompañar a otros en el itinerario de su propia maduración personal.

Pero esta actitud de *hombre-frontera* es patrimonio de quien es lo suficientemente *resiliente*, fuerte, para no echarse atrás a las primeras de cambio, para no refugiarse en la *retaguardia* de la educación.

A este respecto, se lee en la tradición pedagógica amigoniana:

- *La de privaciones, sinsabores, disgustos y contrariedades que habré tenido que pasar, pero en esta misión... de cobardes no se escribe (TPAA, 8.261).*

Dedicación fiel y generosa a los alumnos

Una dedicación fiel y generosa a los alumnos ha constituido –dentro de la tradición pedagógica amigoniana– una de las muestras más patentes y testimoniales de la *fidelidad* inquebrantable que ha caracterizado el propio sentimiento educativo.

Siempre la presencia afectuosa junto al otro es prueba de una cierta predilección en el amor. Pero cuando esa presencia se produce en momentos de dificultad, adquiere con claridad el tono de un *amor incondicional*.

El permanecer junto al otro cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades, cuando todos tienden a abandonarlo, o el permanecerle cercano más allá de “lo legal”, más allá de lo “obligatorio y establecido”, es una muestra muy dicente de que se le quiere por lo que en realidad “es”.

Algo de esto es lo que indican estos dos textos entresacados de la tradición pedagógica amigoniana:

- *Los educadores han de poseer espíritu de sacrificio para soportar con gusto, o al menos con paciencia, a los alumnos, aun en aquellos días en que más molesten; para no reparar en horas y no demostrar cansancio de estas con ellos; para hacerles la vida en el establecimiento lo más agradable y llevadera posible, teniendo en cuenta que vienen a nuestras casas, más que a sufrir una pena o castigo, a educarse, y que bastante castigo es la privación de libertad y cambio de vida. Ningún educador debe tener como castigo el estar con los alumnos (TPAA, 0.106 y 0.170).*
- *El educador que va de mala gana y refunfuñando al encuentro de los alumnos, sólo estará allí de cuerpo presente, mientras le toca su hora, pasada la cual, no podrá estar ni un minuto más, sin protestar y mostrar visiblemente su desagrado. A estos educadores, si es que merecen tal nombre, los muchachos los aborrecen y no pueden hacer obra educativa. Un buen educador jamás puede pronunciar frases como: “estoy harto de chicos”..., “chicos para el que los quiera”..., revelan sobradamente a una persona que ya no hará ningún bien a los alumnos (TPAA,12.543D-12*

Los educadores amigonianos de primera hora con su presencia, entretejida de generosidad y de compartir, con su saber estar sin

limitaciones horarias al lado de sus alumnos, con saber participar en las actividades educativas y con su saber empatizar con los sentimientos de los mismos, fueron haciendo de la propia pedagogía, una *pedagogía de la presencia, de la cercanía y de la convivencia*.

8) **Optimista**

Todo el quehacer pedagógico amigoniano se ha caracterizado también por *creer* firmemente en la bondad natural de toda persona humana y por esperar, consecuentemente, aun contra toda esperanza, en su *recuperación*.

Esa fe en el hombre y en sus posibilidades es, no cabe duda, una herencia del *humanismo cristiano* que nutre –como ya se ha dejado dicho– las raíces mismas de la pedagogía amigoniana y que otorga a toda persona –por el mero hecho de ser tal– un valor inalienable y una dignidad sagrada.

La tradición amigoniana ha expresado el valor y la dignidad del ser humano, en el interés que ha mostrado indefectiblemente por todos y cada uno de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes que han recibido en sus propios centros; en el afán con que han defendido a todo menor, fuese cual fuese su situación ante la ley, y por el ardor con que ella misma ha apoyado, en las distintas realidades nacionales en que se ha hecho presente, una *ley de menores que fue educativa*.

Íntimamente unida a su creencia en la dignidad de todo hombre y mujer, se encuentra, en el humanismo cristiano, la convicción de que en todo ser humano existe *una innata capacidad de querer y de actuar el bien*, por muy desfigurada que dicha capacidad pueda encontrarse en determinadas personas y circunstancias. La defensa de este “dogma”, centrado en la bondad natural de toda persona, es, por otra parte, un dogma irrenunciable para todo aquel que quiera ser profundamente *humanista*.

En sintonía con su fe en la bondad natural de toda persona, la tradición pedagógica amigoniana ha transmitido constantemente el sentimiento de que no existe el muchacho difícil y, mucho menos, el muchacho desahuciado de toda posibilidad de recuperación, como indican estos textos:

- *Los alumnos que ingresen en nuestras casas no son degenerados, ni siquiera perversos...; son jóvenes inexpertos, distraídos o desviados del cumplimiento del deber... (TPAA, 6.171).*
- *En nuestras casas, pues, no se necesita emplear medios violentos ni fuertes castigos. Los educadores tiendan en consecuencia a suavizar cuanto puedan la aplicación del reglamento que se halla establecido, usando el sistema*

preventivo y echando mano de medios estimulantes, mas bien que coercitivos... Pronto volverán a manifestarse en los alumnos sus buenas inclinaciones e irán borrándose paulatinamente las huellas de su pasado (Constituciones de 1910, n. 229, 248 y 238).

- *Es sistema represivo mira el delito, en cambio nosotros miramos a la persona que ha delinquido para rehabilitarla y levantarla. Los delitos no nos importan (TPAA, 12.113).*

Esperar contra toda esperanza

Otra de las consecuencias que ha tenido para el *ser y hacer* de la pedagogía amigoniana su creencia en la bondad natural de la persona ha sido su *incondicional apertura a la esperanza*.

Haciendo propios los gritos del hijo pródigo cuando se decide a volver a casa –*Surgam* (me levantaré)– y de Jesús dirigiéndose al joven de Naim –*Adolescens surge* (joven levántate)– la tradición pedagógica amigoniana ha confesado siempre su indefectible fe –profesada incluso, a veces, contra toda humana esperanza– en que toda persona –y especialmente todo niño, niña, adolescente y joven– por muy muerto que parezca, por muy grandes que puedan ser sus “deficiencias”, puede *volver a la vida*.

Por otra parte, este credo de la recuperación de toda persona es el que ha conferido al sistema amigoniano su capacidad de *seguir* soñando en medio de una realidad cotidiana que no es precisamente fácil, y el que lo ha rodeado de un cierto *hábito de magia*, pues magia es lo que regala a la vida el amor a través de su inquebrantable e incondicional fidelidad.

El educador que no cree en la posibilidad de cambio de sus alumnos difíciles, se limita, en el mejor de los casos, a ser comprensivo con ellos, pero no ejerce en su integridad la misión educadora. Sólo desde una invencible esperanza se puede contribuir positiva y eficazmente a la recuperación de aquellos alumnos que presentan mayores carencias y deficiencias. Algo de esto es lo que trasmite este texto:

- *Dos palabras, como de paso, sobre los incorregibles. ¿Sabéis quiénes son los incorregibles? Algunos llaman así a aquellos alumnos que, por tener una voluntad muy obstinada en el mal no dan esperanza de corrección. Pero, decidme sinceramente: ¿cuándo se puede decir con verdad que un alumno es incorregible?*

Sólo cuando se hubieran agotado los recursos divinos y humanos; cuando se hubiesen agotado todos los recursos de la “ciencia y de la gracia”, se podría hablar así. Pero ¿quién será el osado que se atreve a asegurar que ha empleado todos los resortes que ofrece la ciencia? ¿Quién el atrevido que ponga

límites a los abismos insondables de la gracia?... No juzguemos, pues, a la ligera a nuestros alumnos por que... Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham.

Además, no es propio de buenos educadores calificar así a la ligera, sino de educadores bisonos y principiantes, quienes, muchas veces, sin suficientes elementos de juicio, adelantan criterios ofensivos a la caridad que debemos tener para con nuestros alumnos.

Yo, en 20 años como educador, jamás me he atrevido a llamar “incorregible” a un alumno. Hemos de amar mucho a nuestros alumnos y el que los moteja con semejantes calificativos, demuestra, bien a las claras, que los quiere muy poco (TPAA, 12.009).

9) **Testimonial**

Para ser un verdadero y válido acompañante de los alumnos en su crecimiento humano por el sentimiento, el educador necesita ser “testigo de lo que anuncia”.

El alumno no sólo necesita *ser amado*, sino también –y de modo fundamental– *sentirse amado*.

En educación, el amor, para ser eficaz, necesita ser creíble. El mundo actual –suele decirse– está cansado de *maestros* y necesita *testigos*. Los alumnos –hoy más que nunca– sienten la necesidad de ver reflejado –encarnado– el mensaje que se les proclama en personas que sean para ellos *modelos de identificación*.

No obstante, en el ámbito del sentimiento humano y de sus valores, sólo puede ser *modelo creíble de identificación*, quien se distinga –entre otros valores– por su *honestidad* y por su *coherencia*.

La escuela amigoniana, a partir del magisterio del padre Luis Amigó –resumido en los textos que de él se citan a continuación– prestó una especial atención al valor de la *coherencia en el ser y en el hacer* y lo constituyó como uno de los distintivos del talante característico de sus educadores:

- *Además de la instrucción y corrección debéis de procurar para la educación de nuestros alumnos servirles de ejemplo, no sea que destruyáis por una parte lo que por otra edificáis... Id delante de ellos con el ejemplo, que es el mejor predicador y su fuerza de persuadir es irresistible... Considerad la alteza de vuestra misión y el bien o el mal que con vuestra conducta podéis hacer a los jóvenes confiados a vuestro cuidado para su corrección. No os quepa duda de que el buen ejemplo es lo que tiene más ascendiente sobre el corazón humano y la más eficaz exhortación para la práctica del bien...*

Tened presente que nadie da lo que no tiene y, si habéis de enseñar a otros el conocimiento de la virtud, es necesario que la practiquéis vosotros, pues de este modo, aun sin grandes trabajos, seguirán vuestras enseñanzas porque el ejemplo es el mejor predicador (OCLA n. 1087, 1805 y 1816. Cf. también n. 1076 y 1146).

Una de las expresiones más clásicas del *testimonio*, dentro de la tradición amigoniana, ha sido la de compartir con los alumnos la misma dinámica educativa.

La *presencia* y la *convivencia* –esos matices tan típicos del sentimiento educativo amigoniano–, se revistieron de *compromiso* en la acción misma. No se trataba ya tan sólo de *estar junto* a los alumnos en sintonía de corazones ni de convivir con ellos, haciendo propias sus alegrías y tristezas, sino que el educador se sumaba también –y en primera persona– al ritmo cotidiano y normal del mismo grupo educativo o, según el caso, al ritmo de un alumno concreto. El educador se convertía de este modo –más allá de su palabra hablada y de su afecto expresado, y más allá incluso de su coherencia personal de vida –en *testigo* creíble en medio de la acción educativa.

Ese matiz del compromiso encontró uno de sus primeros motivos de inspiración en la actitud del Buen Pastor, quien, en vez de mantenerse en la retaguardia de la acción, *va delante de las ovejas*, haciéndose así para ellas *camino al andar*:

- *La gran palanca para los brillantes resultados de esta escuela es el ejemplo vivo y personal... El discurso vence, pero el ejemplo arrastra* (TPAA, 6.022 - 6.034. Cf. también, 6.251).
- *Vayan delante con el ejemplo. Así, pues, al mandar nunca empleen las frases: Vayan a estudiar, vayan a trabajar..., sino estas otras más caritativas y convincentes: vamos, vayamos a estudiar, a trabajar* (TPAA, 5.061).